

Nenas de Papá

La relación de los varones con sus hijas

Juan Carlos Volnovich

Quien se acerque hoy en día al universo del psicoanálisis se encontrará con un campo dominado por la Asociación Psicoanalítica Internacional y la Asociación Mundial de Psicoanálisis (la IPA y la AMP), las dos grandes transnacionales que administran el poder y monopolizan el saber psicoanalítico.

El poder de la IPA, la Asociación que Freud fundó, fue la herencia que recibió Anna, su hija menor.

El poder de la AMP fue construido con la herencia que Lacan le legó también a su hija menor, Judith, y a su esposo, Jacques Alain Miller.

¿Cómo fue que estas hijas lograron apropiarse y continuar con la empresa de sus padres? ¿De qué manera llevaron adelante esa iniciativa? Esto es: ¿hasta dónde completaron el proyecto interrumpido, hasta dónde lo traicionaron? Este es el tema de este texto. Entonces, para aludir a la parentalidad, la filiación y las generaciones, hablaré de la relación de los varones con sus hijas: de Freud y Anna, de Lacan y Judith. Hablaré de las "nenas de papá". Para eso, haré un rodeo por la narrativa clásica.

Freud fue muy explícito al describir las diferencias que existen en la estructuración de la identidad sexual de los varones y la identidad sexual de las niñas: cuando el varón clausura su Edipo en función de la amenaza de castración, la niña lo inaugura. Lo que quiere decir que, defraudada por su madre, sabiéndola castrada (no castrada, denigrada), la niña acude al padre en búsqueda de aquellos atributos que le permitan construir una identidad más valorizada. De cómo el padre la reciba, del encuentro que allí se produzca, dependerá el futuro de la niña.

Simplificando mucho las cosas uno podría aventurar destinos opuestos para el

caso en que el papá acuda a la cita con su hija con ojos patriarcales de aquel en que el papá la reciba con mirada feminista. Quiero decir: una cosa es que esa niña se instale en el lugar de "nena de papá", "cosita linda", muñeca graciosa, objeto digno de ser cuidado y protegido, "chancleta" a quien deberá dotar para que tome la comunión con un vestido blanco, para que al cumplir los quince se luzca con un vestido luminoso, para que, finalmente, se case "bien casada", y otra cosa muy distinta tendrá lugar si el papá logra inscribirla como "nena de papá", compinche de aventuras intelectuales, compañera para la práctica de deportes, cómplice en sus propias iniciativas empresariales, destinataria de un proyecto de desempeño laboral que le permita ganarse la vida de manera independiente y autónoma¹.

Existen, entonces, por lo menos dos significados precisos y contradictorios para la expresión "nena de papá".

Anna

Freud tuvo seis hijos: Mathilde (1887), Jean Martin (1889), Olivier (1891), Ernst (1892), Sophie (1893) y Anna (1895).

La hija favorita, la preferida de Freud, no fue Mathilde y tampoco Anna. Fue, sin lugar a dudas, Sophie. Pero Sophie falleció prematuramente a los 26 años a partir de la complicación de un aborto. Pocos años antes, Freud había descubierto a Anna² –por entonces de 18 años– cuando Sophie lo "abandonó" por el fotógrafo Max Halberstadt, que se la llevó a Hamburgo para casarse con ella³.

"Anna es mi Cordelia, la devota hija menor de King Lear"⁴.

"Anna es la más talentosa y la más completa de mis hijos"⁵.

"Anna es mi único hijo verdadero"⁶.

¹ Gay, Peter. *Freud, una vida de nuestro tiempo*. Buenos Aires. Paidós, 1989, p. 494. Cuando Freud murió, se encontró, entre sus papeles, un sobre vacío que alguna vez contuvo dinero y que data, aproximadamente, de 1920. En el frente se lee: "Para Anna. Contribución para su dote o para su independencia".

²Freud, S. Carta a Anna del 22 de julio de 1914. "Tú has resultado un poco diferente a Mathilde y Sophie; tienes intereses más intelectuales y no quedarás totalmente satisfecha con una actividad puramente femenina".

³Rodríguez, Emilio. *Sigmund Freud. El siglo del psicoanálisis*. Buenos Aires. Sudamericana, 1996. Tomo 2, p. 197.

⁴Freud, S. Carta a Ferenczi del 23 de junio de 1912.

"Anna es mi Antígona, la que en Edipo en Colono guía al padre ciego de la mano"⁷.

"Anna es más fuerte que yo"⁸.

Todas estas son expresiones que figuran en el vasto epistolario de Freud.

Ya viejo y enfermo, en una carta a Arnold Zweig del 13 de febrero de 1935, Freud escribe: "El único punto luminoso de mi vida se debe a los descubrimientos psicoanalíticos que está haciendo mi hija Anna"⁹.

Decía antes que Freud la descubrió cuando Anna tenía 18 años. Y a los 19 (1914) la envió a Londres, donde se encontraría con Ernest Jones¹⁰, su discípulo que, a la sazón, tenía 35 años. La envió con una carta protectora –y desconcertante– dirigida a Jones, que decía:

"Ella es la más dotada de mis hijos y, además, tiene un carácter precioso, lleno de interés en aprender, ver cosas y llegar a comprender el mundo. Ella no pretende ser tratada como mujer, está muy lejos de cobijar anhelos sexuales... Existe un acuerdo expreso entre nosotros. Anna no pensará en el casamiento o en sus preliminares antes de que pasen dos o tres años por lo menos. Y yo no creo que ella vaya a romper ese pacto"¹¹.

Al citar este comentario acerca de una señorita de 18 años que "no alberga interés sexual alguno", Peter Gay afirma que parece escrito por un burgués convencional de fin de siglo que jamás leyó a Freud¹².

Freud la descubrió cuando Anna tenía 18 años, pero la devoción de Anna por su padre se remonta a la primera infancia. Desde muy pequeña, desde su lugar de "patito feo" Anna admiró incondicionalmente a su padre: escuchaba, devoraba todo lo que Freud decía y lo que Freud escribía. Llegado el momento quiso estudiar medicina para formarse como psicoanalista pero Freud la disuadió y durante 6 años estudió el Profesorado en Educación del Liceo Cottage.

Siguiendo con la narrativa clásica, si la niña acude al padre en búsqueda de la

⁵Tomado de Erik Erikson. "Tributo a Anna Freud". *Bulletin of the Hampstead Clinic*, 1983, Vol. 6, p. 52.

⁶*Op. cit.*

⁷Gay, Peter. *Freud, una vida de nuestro tiempo*. Buenos Aires. Paidós, 1989, p. 493. Afirmación compartida por Uwe Henrik Peters.

⁸Carta de Jones a Anna Freud del 26 de octubre de 1952. "¡Qué padres tuvo usted! Ahora puedo comprender plenamente una observación de su padre en 1938, en Viena: 'Anna es más fuerte que yo'".

⁹Freud, S. *The letters of Sigmund Freud and Arnold Zweig*. New York University Press. NY, 1970.

¹⁰Jones, Ernest. *Vida y obra de Sigmund Freud*. Buenos Aires. Editorial Nova, 1962.

¹¹Freud, S., Jones, E. *The complete correspondence of S. Freud and E. Jones, 1908-1939*. Harvard University Press. Londres, 1993.

¹²Gay, Peter. *Freud, una vida de nuestro tiempo*. Buenos Aires. Paidós, 1989.

ecuación pene-bebé, Anna encontró su lugar en el psicoanálisis a partir de los niños. Sus primeros "pacientes" fueron sus sobrinos, Ernst (el niño del fort-da) y Heinele, los hijos huérfanos de Sophie¹³.

La hija, la más fiel discípula del maestro, la alumna más entusiasta, inició un análisis con Freud en 1918, a los 23 años; análisis que se prolongó hasta 1921. Este análisis fue retomado, después, en 1924¹⁴. O sea que Freud analizó simultáneamente a Anna y a la paciente que dio pie a la publicación de 1920 y cuyo título es: "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina". Lo que quiere decir, también, que Freud analizó a Anna después de que publicara sus taxativos "Consejos al médico en la iniciación del tratamiento analítico" (1912).

"La resolución de la transferencia –una de las principales finalidades de nuestro tratamiento– se ve dificultada por una actitud íntima del médico, de modo que cualquier ventaja conseguida en el inicio se ve perjudicada al final. El médico debe ser opaco para el paciente y, como un espejo, no debe mostrar nada más que lo que es mostrado... El tratamiento tiene que ser conducido en abstinencia".

Pues bien, nada menos opaco, nada más íntimo, que un padre frente al amor de una hija devota a la que se le ha dado la consigna de la confidencialidad y la entrega total de su privacidad. Nada más íntimo que una hija incitada a contarlo todo, libre de censuras y pudores¹⁵.

Del análisis de Anna con Freud surgieron dos trabajos. Uno, de Freud: "Pegan a un niño" (1919)¹⁶. El otro, de Anna: "Fantasías de flagelación y ensueños diurnos" (1922), texto que le sirvió como carta de presentación para ser aceptada en la Sociedad Psicoanalítica de Viena (31 de mayo de 1922). La idea central de ambos ensayos se basa en el "material" analítico de Anna¹⁷.

¹³Gay, Peter. *Freud, una vida de nuestro tiempo*. Buenos Aires. Paidós, 1989.

¹⁴Roazen, Paul. *Freud y sus discípulos*. Madrid. Alianza, 1978, p. 462.

¹⁵Rodrigué, Emilio. *Sigmund Freud. El siglo del psicoanálisis*. Buenos Aires. Sudamericana, 1996.

¹⁶*Op. cit.* "El perfil de la quinta paciente incluida en 'Pegan a un niño' hace pensar en Anna. Por otro lado, no quedan dudas de que la paciente de 'Fantasías de flagelación y ensueños diurnos' es la propia Anna, hasta en los detalles mínimos", tal cual lo refiere Elizabeth Young-Bruehl.

¹⁷En esto coinciden casi todos los biógrafos de Freud: Ernest Jones, Peter Gay, Emilio Rodrigué y Person Ethel Spector (compiladora). *En torno a Freud "pegan a un niño"*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2000. El caso clínico de "Fantasías de flagelación..." es la propia Anna. La joven a quien hace referencia no podría haber sido, por otra parte, paciente suya. Anna comenzó a tomar pacientes recién después del Congreso de Berlín. En esto coinciden, también, los biógrafos de Anna Freud: Elizabeth Young-Bruehl. *Anna Freud*. Emecé Editores. 2001. Hélène Trivouss-Widlöcher. *Anna Freud ou la transmission saisie par le transfert*. *Revue Internationale de Psychopathologie*, n.º 6/1992, pp. 315-330 (disponible en: www.seances21siecle.com).

Testigo de los castigos corporales que Freud le infligió a Ernst, su hijo, desde el diván, Anna le confía al padre la excitación sexual que le produce y la masturbación compulsiva que ese hecho desencadena. Freud explica, entonces, las etapas por las que Anna pasa: primero, "un niño es pegado"; segundo, "por identificación, el deseo de que mi padre me pegue"; tercero, "el masoquismo femenino alienta la fantasía masturbatoria".

Por su parte, Anna escribe:

"Las fantasías de flagelación nacen como sustituto de una escena incestuosa con el padre que fue distorsionada por la represión. Pero este tipo de perversión sadomasoquista infantil no persiste para siempre, puede transformarse y sublimarse...".

Ensayos del padre y de la hija. Estudios sobre la sublimación, sublimación en acto del incesto. Estos textos de los Freud, Sigmund, Anna, son el testimonio elocuente de esa alianza intelectual, de ese pacto clandestino. Secreto a partir del cual Anna dejó de ser la secretaria de su padre para convertirse en su principal interlocutora. Postulada como privilegiada heredera del psicoanálisis, se consagró como tal cuando, para el octogésimo cumpleaños, puso en manos de su padre el regalo más preciado: *El yo y los mecanismos de defensa*. Como enfermera impecable, como hija solícita, como madre abnegada, como esposa fiel, cuidó de Freud hasta el último momento. Luego de la muerte de Freud amplió el poder del psicoanálisis, resistió el enfrentamiento con Melanie Klein y, dirigiendo con mano férrea la IPA, a través de sus tres discípulos, Hartmann, Kris y Lowenstein, inundó de psicoanálisis a los Estados Unidos.

Anna, *the jewish princess*, la princesa del psicoanálisis, heredera de una disciplina que desafió la moral victoriana con una propuesta de liberación sexual, nunca se casó¹⁸ y jamás abandonó el apellido del padre. Protagonizó lo que es tal vez el episodio más escabroso –más incestuoso– en la historia del psicoanálisis. Protagonizó, también, lo que es, tal vez, el pacto más audaz, la complicidad intelectual más arriesgada, la aventura más temeraria que un padre pueda atreverse a llevar adelante con su hija; pacto-análisis basado en una represión

¹⁸Elizabeth Young-Bruehl en *Anna Freud, a Biography*. Londres. Summit Books, 1988, opina que el amor de Anna con Dorothy Burlingham jamás se concretó pero Michael John Burlingham, el nieto de Dorothy, cita una carta de Anna a Edith Jackson donde escribe: "Me siento muy avergonzada por estas cosas, especialmente ante papá; no se las cuento".

monumental. Y esa represión se extendió como censura de los textos de su padre. Como encargada de administrar los archivos, que recién después de su muerte salieron a la luz, desarrolló el proyecto freudiano de manera sesgada, y la amputación, curiosamente, de la teoría de la seducción, suena a síntoma residual.

Judith

Lacan tuvo 4 hijos: tres de ellos, Caroline (1936), Thibaut (1938), Sibylle (1940), con Marie-Louise "Malou" Blondin, y Judith (1941), con una judía, Sylvia Maklés. En realidad, 1940 fue el año en que dos mujeres, simultáneamente, quedaron embarazadas de Lacan. Sibylle –la hija de Lacan con "Malou" Blondin– nació pocos meses antes que Judith. Judith Sophie, la hija de Lacan con Sylvia, fue registrada en la alcaldía de Antibes el 3 de julio de 1941, durante los peores momentos de la ocupación alemana, con el nombre de Judith Batalle ya que su madre estaba aún casada con George Batalle. Judith, impedida de usar el Lacan de su padre (la ley francesa prohíbe reconocer a un hijo nacido de otra mujer), llevó, así, el nombre de un padre que no era el suyo. El apellido judío de la madre, Maklés, hubiera sido un trastorno en épocas de antisemitismo militante¹⁹.

Lacan mantuvo separada a sus dos familias de manera tal que Caroline, Thibaut y Sibylle ignoraron durante muchos años la existencia de Judith, su media hermana. Pero el caso es que, a pesar de usar su apellido, ni Caroline ni Sibylle fueron sus preferidas. Judith lo fue. Era con ella con quien Lacan convivía y revivía, ante los ojos de quien quisiera verlo, un idilio intenso y, tal vez, un tanto exageradamente edípico. Y el caso es que, a pesar del ateísmo militante de Lacan y el judaísmo de su madre, Judith tomó la comunión y fue inscripta en un colegio católico.

Así, en 1953, cuando Lacan se casó con Sylvia, se disparó un verdadero lío legal y un desopilante conflicto de filiaciones. Sylvia cambió el apellido Batalle por el de Lacan. Pasó a ser Sylvia Lacan. Judith, que conservó su nombre, Judith Batalle, se convirtió en la hijastra de quien en realidad era su padre, y en hermanastra de

¹⁹Estos, y los demás datos, fueron tomados de Elizabeth Roudinesco. *Lacan*. Buenos Aires Fondo de Cultura Económica, 1994.

Caroline, Thibaut y Sibylle, de quien en realidad era media hermana. Siguió siendo hermana en pleno derecho de Laurence, la hija de Sylvia con Batalle, cuando solo era su media hermana, y pasó a ser media hermana de la nueva hija de Batalle, Julie, a quien, en realidad, no la unía ningún lazo de sangre.

Cuenta Elizabeth Roudinesco que Lacan tenía verdadera adoración por Judith y que sufría amargamente por no haberle dado su apellido. Le consagró, sí, un amor exclusivo mientras, embelesado, la miraba crecer. Desde muy pequeña, Lacan la integró al núcleo de intelectuales que lo frecuentaban y la incorporó al círculo de sus discípulos. Judith, por su parte, correspondió arrobada a ese amor. Vivía encandilada por ese dios de una generosidad sin fisuras hacia ella, rindiéndole culto al héroe que valientemente triunfaba sobre sus adversarios, siempre expuesto a ser traicionado por sus alumnos. "Bastarda", sabiéndose la preferida de su padre, sufrió por la ilegitimidad de su filiación. Es digno de consignar, aquí, que tampoco Judith estudió medicina, pero se graduó de filósofa con los más altos galardones.

Así, en 1962, después de la muerte de George Batalle, Lacan apeló al abogado Roland Dumas para gestionar ante la justicia el cambio de apellido de Judith. Lo curioso es que lo logró, Judith Batalle pasó a ser Judith Lacan el mismo día en que Lacan pronunció su discurso sobre "La excomuniación". Esto es, el día en que renunció a la IPA con su seminario conocido como "el último seminario" (ya que fue el último como miembro de la IPA) y cuyo título es "Los nombres del padre", Lacan pudo ponerle el apellido a su hija y, simultáneamente, fundar, con el eufemismo de "freudiana", la escuela lacaniana que inauguraba. Aquel 15 de enero, mientras Lacan dictaba su seminario, Judith conoció a un joven de 19 años que se encontraba entre el público: Jacques Alain Miller.

Lacan nombró a Judith, Judith Lacan, y en 1980 la consagró en su testamento heredera universal de toda su obra restringiendo los derechos de sus otros herederos. También designó a Miller como su albacea con plena libertad sobre la edición de sus textos y le otorgó el control jurídico, financiero y teórico sobre su patrimonio.

Judith, la otra princesa del psicoanálisis, heredera de una teoría que promueve la subversión del sujeto y que hizo de la metáfora paterna el significante supremo, sí se casó, pero solo durante dos años de su vida llevó el nombre del padre. Fue, hasta los 23 años, Judith Batalle y, posteriormente, Judith Miller. Como Anna, protagonizó, también, una historia, si no escabrosa, al menos desconcertante. La heredera del psicoanálisis lacaniano, la encargada de transmitir el legado psicoanalítico de su padre, jamás se analizó y siendo excepcionalmente dotada,

delegó en "su" hombre, en Miller, la tarea de administrar el imperio recibido.

El feminismo y las asociaciones psicoanalíticas

Comencé diciendo que, hoy en día, acercarse al universo del psicoanálisis supone transitar por un campo dominado por la Asociación Psicoanalítica Internacional y la Asociación Mundial de Psicoanálisis (la IPA y la AMP), las dos grandes transnacionales que administran el poder y monopolizan el saber psicoanalítico.

Dije, también, que el poder de la IPA, la asociación que Freud fundó, fue la herencia que recibió Anna, su hija menor, y que el poder de la AMP fue construido con la herencia que Lacan le legó también a su hija menor, Judith, y a su esposo, Jacques Alain Miller.

Pues bien: guiado por el interés en las teorías del género que desafían al psicoanálisis, quise reparar en las semejanzas y las diferencias que mantuvieron Freud y Lacan, los dos grandes padres del psicoanálisis, con sus hijas convertidas en herederas. Claro está que cuando aludo a las "nenas de papá" lo hago en el sentido ambiguo que tienen tanto Anna y Judith como la IPA y la AMP, instituciones que bien podrían ser consideradas las "nenas de papá".

¿Cómo circulan las teorías del género por estas instituciones? ¿Cuál es la apertura de la IPA al feminismo contemporáneo desde que ambos (IPA y teorías de género) son productos predominantemente anglosajones? ¿Cómo incorpora la AMP la tarea de revisar críticamente los estereotipos patriarcales de los que quedó tributaria la teoría lacaniana? ¿Qué política feminista podría darse para/con la IPA y la AMP? ¿Quién se ha puesto a reflexionar sobre la manera particular que adquiere el sexismo en las instituciones psicoanalíticas, instituciones que han sido fundadas para guardar celosamente y enaltecer la producción del "padre" y que, a la muerte de ellos, pasó a manos de sus hijas?

Para una teoría de la subversión del sujeto, para un proyecto de emancipación que pase por la deconstrucción de las diferencias y las desigualdades entre varones y mujeres, ¿quién aporta más recursos teóricos, Freud o Lacan?

Estos, y otros, interrogantes nos van acercando a una sospecha crucial: ¿no será que el edificio conceptual psicoanalítico, reactualizado por el sofisticado discurso lacaniano, no es otra cosa que un intento de restituir al padre el poder perdido en estas últimas décadas, signadas por enormes cambios en los estereotipos

tradicionales que caracterizan al patriarcado?

Para instalar esta cuestión habría que recordar que Lacan sostiene, con Freud y Levi-Strauss, que la interiorización del tabú del incesto es el acto fundacional de la cultura. De ahí que reclame la intervención de una fuerza externa para intentar desgarrar la poderosa relación que une al niño con su madre. Esa fuerza, claro está, es el padre ("padre" como operador estructural). Dicho de esta manera, se supone que nada interno en la madre o en el hijo puede garantizar que se separen. Así, la Ley Paterna es concebida como un dispositivo que viene de afuera, viene del exterior y al forzar al niño a romper con la simbiosis primordial materna, lo habilita, en Nombre del Padre, a inscribirse en el universo simbólico. Solo que el giro lingüístico de Lacan hace a las culturas equivalentes de La Cultura y encubre, con la estructura y los efectos supuestamente universales y a-históricos de la lógica del lenguaje, la posibilidad de deconstrucción de la cultura y de las relaciones sociales de poder y de dominio que la determinan.

Decía que, para Lacan, esa Ley Paterna es una intervención que viene de afuera, viene del exterior. Es, si se quiere, "real". Y eso real está ligado al hecho –para nada intrascendente– de ser cultura masculina, no como efecto del lenguaje sino como consecuencia de las relaciones del poder ejercido por los hombres sobre las mujeres. De ahí que Freud aparezca como mucho más "realista" que Lacan, porque Freud no nos pide aceptar que nuestros hijos y nuestras hijas están castrados del mismo modo o en el mismo grado; Freud no sugiere que la lucha edípica y la iniciación en la cultura tienen las mismas consecuencias para niñas y varones.

Es cierto que Freud desvía la cuestión hacia la biología. "Anatomía es destino", dice, y, al hacerlo, deja bien en claro que en este mundo, en esta cultura patriarcal, no da lo mismo nacer varón o nacer mujer. Freud enmascara las cuestiones del poder bajo las diferencias anatómicas pero acepta dos circunstancias importantísimas:

1. Que los hombres tienen privilegios que les son quitados a las mujeres –que solo las mujeres están castradas–, y
2. que esa diferencia genera un cierto *Malestar en la Cultura*.

En cambio, Lacan nos propone aceptar que tanto hombres como mujeres estamos castrados y así circulamos, no por la cultura sino por el lenguaje. La clave lingüística del psicoanálisis lacaniano puede que permita concebir un avance en la deconstrucción cultural de la diferencia entre los géneros pero, en realidad, al reemplazar a la cultura, a su historia, a las relaciones de dominio que en su seno producen malestar, por la lógica universal del lenguaje, impide avanzar en la

comprensión de las determinaciones que nos producen mujeres y hombres de tal o cual manera. Porque el caso es que, aunque Lacan afirme que tanto hombres como mujeres carecen de falo y están castrados, las consecuencias de esta carencia no parecen ser las mismas para unos y para otras.

Tengo la impresión de que al cambiar el eje del psicoanálisis –al proponer una teoría estructural del lenguaje y un registro simbólico supuestamente “neutral” y universalista en reemplazo de una concepción del desarrollo psicosexual de los sujetos–, Lacan ayuda poco a develar los orígenes sociales de la construcción del género y omite la génesis de las asimetrías de poder que caracterizan al patriarcado. Esto es, una vez más, con Lacan, se afirma y oculta el poder del padre: se privilegia su lugar y se protege su dominio.

Por supuesto que no aludo solo al padre real. Por supuesto que la paternidad es una metáfora y que no es lo mismo la ausencia del padre en la familia que la ausencia del padre en el Complejo de Edipo. Pero lo que el psicoanálisis lacaniano no puede pensar es que quede vacío el lugar de una Ley que ejerce su influencia en todas y en todos, en cada una y en cada uno de nosotras y de nosotros; ley que garantiza nuestra incorporación al universo simbólico que no es otro, claro está, que el universo del lenguaje regido por una lógica universal y a-histórica donde no cuenta la cultura patriarcal ni la historia del dominio masculino.

Tal vez la afirmación de Jane Flax²⁰, “La obra de Lacan no puede contribuir mucho a los nuevos conceptos feministas sobre el género”, sea un tanto taxativa pero, sin embargo, nos permite cuestionar la retórica lacaniana desde un Freud dignificado después de tantas décadas de críticas feministas.

Tal vez lo que aquí expongo podría resumirse en un solo interrogante: ¿puede el género “trabajar” el psicoanálisis, sea este freudiano o lacaniano, dentro de las instituciones o, inevitablemente, esta será una tarea a realizarse por fuera ya que la doctrina transformada en dogma condena al fracaso cualquier otra iniciativa?

Conclusiones

Poca duda cabe acerca de un rasgo característico de nuestra cultura actual: estamos viviendo en un período de la historia de la humanidad en que las mujeres están empezando a circular por la esfera pública como nunca antes había sucedido. Y el registro (la manera en que este fenómeno se inscribe) tiene complejísimo

²⁰Flax, Jane. *Psicoanálisis y Feminismo. Pensamientos fragmentarios*. Valencia. Ediciones Cátedra, 1990.

efectos en el imaginario social y en la constitución subjetiva de las niñas y los niños.

Hace varios años que vengo insistiendo en la importancia que tiene, para los chicos, que los padres varones se involucren en las prácticas de crianza desde los primeros momentos. Y eso, a partir del reconocimiento de que la mayoría de los padres se autoexcluyen como modelo de identificación para sus hijas. Claro que cuando esto no ocurre, cuando los padres se ofrecen como modelo de identificación sobre la base de valores tradicionalmente masculinos que correspondan a la independencia, la autonomía y la autoafirmación en el espacio público, las niñas pueden leer esta "generosidad" como la prueba flagrante de haberlos defraudado, interpretando una sociedad patriarcal en la que generalmente los hombres, y también las mujeres, prefieren tener hijos varones. Parecerían decir: "Mi padre no acepta mi condición de mujer y por eso me cría como si yo fuera el hijo varón que le habría gustado tener". No obstante, nada impide pensar que los padres que estimulan en sus hijas la adquisición de aspectos hasta ahora considerados "viriles" o "masculinos", antes que padres patriarcales que no se resignan a haber tenido hijas mujeres son, además, o también, varones profeministas que si hay algo a lo que no se resignan es a tener hijas condenadas a la discapacidad, víctimas de la discriminación, solo por su condición de mujer.

Aunque las niñas no duden de su talento, de su inteligencia, ni de sus habilidades para desempeñarse en el espacio público, ellas "saben" que corren siempre el riesgo de quedar fijadas ante la mirada del hombre, como ese "oscuro objeto del deseo". La sensación de ser miradas, sensación que las acompaña permanentemente; el temor a ser invadidas aun en la intimidad; la convicción de valer más por sus atributos que por sus talentos o habilidades, tiene profundas consecuencias sobre la vida psíquica de las mujeres.

Seguramente lo que voy a enunciar ahora peca de excesiva simplificación pero, en lo concerniente a los varones (por lo menos, en los casos que yo conozco), todo hace pensar que está comenzando a darse en los vínculos intersubjetivos una creciente disociación entre, por una parte, los aspectos instituidos, que tienden a reforzar los paradigmas patriarcales, cuando se trata de los vínculos conyugales, y por otra parte, aspectos instituyentes que tienden a incorporar nuevas formas de conducir las relaciones entre los géneros, cuando se trata de los vínculos filiales. Lo que equivale a afirmar la evidencia de padres varones dispuestos a estimular en sus hijas ciertas características de independencia y autonomía que ni por lejos están dispuestos a aceptar en su esposa, la madre de sus hijas.

Y esto evidentemente genera no pocos conflictos, porque son justamente esas madres dependientes y sometidas las que deberán reconocer a las hijas independientes y autónomas para garantizar su filiación.

Ahora bien, si las madres se rebelan a seguir ocupando una mera posición de objeto para sus hijos/as, y van adquiriendo, dificultosa y precariamente –pero van adquiriendo, al fin– su lugar y reconocimiento como sujetos que promueven identificaciones menos devaluadas; si los padres varones destinan a sus hijas una oferta, un caudal identificatorio de valores de independencia y autonomía que posibiliten nuevas formas de subjetivación para las mujeres, no sucede lo mismo con respecto a los hijos varones. El rechazo y la denigración que la cultura patriarcal aún mantiene hacia los valores tradicionalmente considerados femeninos, promueven en los niños varones la represión y el desprecio de las cualidades que, en el imaginario social, siguen siendo sostenidos como atributos de mujeres, al estilo de la ternura, la suavidad y la delicadeza. Esto priva a los varones de una amplia gama de recursos afectivos y simbólicos; talentos que deponen –deponemos– a fin de conservar la fidelidad a una identidad masculina tradicional.

Llegamos así a una evidencia sorprendente: la cultura actual está produciendo niñas florecientes y varones en conflicto.

Sostengo, entonces, que las niñas, desde muy temprano, quieren **ser** como el papá; no solo tenerlo heterosexualmente. Y ese deseo de **ser** como el papá nada tiene que ver con algún tipo de predisposición lesbiana; ni siquiera atañe al movimiento que las niñas emprenden con la intención de separarse de la madre en su proyecto de individuación.

Las niñas acuden al padre –y tal vez no debería llamarlo “padre” porque, en realidad, se trata de un “segundo adulto” que bien podría ser la pareja homosexual de la madre o el héroe que le aporta la televisión– con la intención de ser iniciadas en el camino que les permitirá ocupar el lugar de sujetos deseantes, capaces de develar el enigma de su subjetividad. Lo que la niña busca en esa persona no es otra cosa que el reconocimiento de su condición de igual. Ella espera que el papá le sugiera algo así como: “Sí, vos podés ser como yo”. “Vos tenés derecho a saber lo que quieras y a trabajar en lo que quieras”.

En definitiva, lo que desearía dejar sentado aquí es que el padre es fundamental para las niñas en las primeras etapas de la vida. Y es fundamental, justamente, por lo que no es para ellas: pareja heterosexual que compensará la desilusión sufrida por la niña en el vínculo con la mamá, ofreciéndose como premio consuelo que le augura el sagrado destino de ser madre. En algo sí importa: el padre es

fundamental para las niñas como compañero de aventuras; sujeto que las reconoce dignas de ser su camarada; elegidas como compinches. El padre es fundamental cuando ofrece un espejo en el que la niña pueda verse deseando, y actuando en consecuencia para lograr lo que quiere; espejo que legitime sus anhelos y que registre su tránsito por el apasionante mundo exterior.

Entonces, antes que envidia fálica, se trata de la frustración –y el odio que la frustración supone– suscitada cuando el papá no es capaz de descifrar el pedido que la hija le dirige. Si, frente a la solicitud de reconocimiento, el papá hace caso omiso por el solo hecho de ser niña, mientras se luce orgulloso por su hijo varón; si la mira solo como se mira a una muñequita, como a un objeto a ser cuidado, como a una discapacitada a ser atendida, como a un cuerpo erótico a ser servido; si ante el pedido de reconocimiento el papá la mira y no la toca, o la toca como no debería tocarla, todo un dispositivo que las lleva a la depresión, al sometimiento, al masoquismo y a la dependencia afectiva se instala para confirmar los prejuicios de género que caracterizan al patriarcado y que componen esa imagen costumbrista de mujeres circulando por el espacio público como versiones apenas actualizadas y occidentalizadas de las mujeres talibanes.

Con esto intento salir al cruce de interpretaciones psicoanalíticas que atribuyen intenciones de seducción a las mujeres que se acercan a los varones cuando, en realidad, solo buscan valores de independencia. Intento desmontar las afirmaciones sobre una supuesta envidia fálica allí donde los varones disfrutamos de privilegios que les están vedados a las mujeres y que ellas, legítimamente, reclaman para sí.

El reconocimiento de los padres hacia sus hijas, la aceptación de que ellas pueden ser como él, identificarse con él y antes que ocupar un lugar de objeto, llegar a sostenerse como sujetos de deseo, es condición fundamental para la autoafirmación de las mujeres.

De esta manera, es probable que una niña que haya sido reconocida por su padre como sujeto deseante pueda elegir, una vez adulta, amar en los hombres la masculinidad que quiso tener para sí. Pero ese amor será, en este caso, un amor menos contaminado por el sometimiento, la envidia y la culpa. Es probable que las niñas que en su infancia no hayan sido defraudadas ni frustradas en su reclamo de ser reconocidas como sujetos deseantes, puedan concebir el amor como un fin en sí mismo y no solo como un medio para envidiar o robar la independencia y la valorada autonomía que les fue negada y que se supone que los hombres tenemos.

Resumen

La relación de los varones con sus hijas mujeres, analizada desde la intersección del psicoanálisis con los estudios de género, constituye el nudo central del presente trabajo. Es a través del vínculo de Freud con Anna, de Lacan con Judith, que llegamos a sospechar que la dotación identificatoria de valores de independencia y de autoafirmación no tradicionales, puede cambiar el destino de las mujeres no solo en el ámbito privado sino, también, en el espacio público. Adicionalmente surge el interrogante acerca de los modos en los que el feminismo circula por las instituciones psicoanalíticas.

Descriptores

Filiación-padres-hijas- genero-feminismo-institución psicoanalítica.

Daddy's girl. Male's relationship with their daughters

Abstract

The relationship of men with their daughters, analyzed from the intersection of Psychoanalysis with Gender Studies, constitutes the central issue of this work. Is through the bond between Freud and Anna, Lacan with Judith, that we suspect that the staffing values of independence and self-affirmation non-traditional identifiable, can change the fate of women not only in the private sector but also in the public space. The question about the ways in which feminism circulates by psychoanalytic institutions additionally arises.

Descriptors

Filiation-parents-daughters- gender-feminism-psychoanalytic institution.

Petites filles à papa. La relation des homme avec leurs filles

Résumé

La relation des hommes avec leurs filles, analysées du point de l'intersection de la psychanalyse avec les études de genre, constitue le nœud central de ce travail. Est le lien entre Freud et Anna, Lacan avec Judith, que nous soupçonnons que les valeurs de dotation de l'indépendance et l'affirmation de soi non traditionnelles peuvent identifiable, changent le destin des femmes non seulement dans le secteur privé, mais aussi dans le espace public. Se pose la question sur la manière dont féminisme circule par les institutions psychanalytiques de plus.

Mots clés

Filiation-parents-filles-genre-féminisme-institution psychanalytique.